

XL.

MAS FRAGMENTOS DE MI DIARIO.

Guadalajara, 14 de enero.

Estudio todo el día, pero adelanto poco, porque mi espíritu no está cerca del libro, sino muy lejos, allá en mi humilde aldea y al lado de Adelaida. "La ausencia es poética; es una hada invisible que adorna á todas horas al ser amado con las flores más hermosas de la fantasía." Nada he olvidado; los más pequeños detalles se evocan en mi mente, rodeando la incomparable figura de Adelaida. Veo su casa llena de luz, de rosas y de aromas; las plantas cuidadas por ella con predilección y que tantas flores exquisitas me brindaron como mensajeras de su amor purísimo; su ventana, testigo de nuestros mutuos juramentos; el sitio preferido para entregarse á las labores manuales.....; luego, el templo, donde su alma virginal y casta iba á pedir á la Virgen del Rosario, felicidad para nuestros corazones y eternidad infinita para nuestro amor; despues, tejados rojizos, techos puntiagudos, bosques seculares, campiñas hermosas y un riachuelo cuyas linfas cristalinas brillan con la luz del sol y al fulgor apacible de las estrellas: la finca de campo donde la ví por la postrera vez. Una casita blanca, una alcoba hechicera, una ventana encuadrada por tupidas madreselvas y aromáticos jazmines, y en su fondo el grupo de vírgenes dolientes, tan seductoras como el de las Gracias en el templo de Idalia..... ¡Reminiscencias eternas de nuestra triste despedida! Todo esto flota siempre ante mi vista, embarga mi espíritu y ocupa mi imaginación. ¿Qué extraño es que en cátedra me olvide del latín; qué no escuche la voz docente de mi profesor, y que aún pierda á menudo la conciencia del sitio en que me hallo, para no ver ni oír más que al ídolo de mi alma? Nada nos obsesiona tan completamente como la imagen de la mujer amada. Yo tengo siempre ante mis ojos, iluminada y llena de vida por la luz del recuerdo, á la virgen de mis sueños; sobre las páginas abiertas de mi libro, en la clase, su rostro divino ilumina mis ojos con la visión de su pureza plástica; á todas horas suena en mis oídos la música cautivadora de su acento fascinador, murmurando palabras confusas que llenan el alma de emociones supremas. ¡Tiene un altar en mi memoria, y á todas horas oficia en él el alma enamorada!

2 de abril.

¡Oh dicha! ¡Oh felicidad tantos días esperada! Desde esta mañana, ¡pobre inválido de la alegría! un rayo de luz del sol de otros

días ilumina mis pensamientos y va á perderse en las regiones de mi alma! A las ocho, momentos antes de entrar á clase, un paisano mío me entregó un pliego cerrado. Mis manos temblaron al abrirlo. Eran una carta suya y su retrato. ¡Qué emoción tan grata me han causado!..... Sí, es ella. ¡está que habla!..... sus facciones divinas ligeramente enflaquecidas; pero esos son sus abundosos cabellos, su pupila ardiente y enloquecedora, su boca, su cuello alabastrino, su busto de diosa; todo lo reconozco... Hasta esa nube de vaga melancolía que atenúa la vivacidad de su semblante, es suya; la viste como un atavío de duelo por mi ausencia. ¡Qué bella está! Ha sido retratada con sin igual maestría, inmortalizada en su juvenil candor y en la sugestiva belleza de sus diecisiete primaveras!..... De hoy más, tú, imagen hechicera de mi bien, de mi adoración y de mi vida, te hallarás siempre sobre mi corazón para regular sus latidos, y para darle fuerzas y valor á fin de soportar heroicamente las negras horas de la ausencia inclemente y despiadada!.....

XLI.

Ya he dicho que guardo con religioso cariño, como un verdadero tesoro de ternura, sus cartas; que no las destruiré nunca, ni mucho menos las entregaré al fuego. ¡Quemar sus cartas que derraman el perfume celestial de su inocencia! ¡Qué sacrilegio!... Quemar una carta, ha dicho Teófilo Gautier, es un asesinato moral. En las cenizas de una correspondencia destruida hay siempre partículas de dos almas."

De entre esas cartas, còpio la siguiente:

"Amado mío:

Siento que mi corazón estaba muerto y que hoy resucita un momento, para decirte que te ama con un amor celestial é infinito. En mi sencillez, creí, cuando ibas á partir, que te amaba como me amas tú; pero aquel trance angustioso, nuestra despedida, se encargó de desengañarme. Tú no oíste, ami mío, el grito de mi corazón repitiendo con locura: "¡No vivirás sin verlo! y hoy comienza de tu agonía el martirio!!!!....

Ah! ¡es cierto! Son muy duros mis tormentos! y si el día de tu regreso está lejano; si por mi desdicha no llegase nunca, piénsalo bien... ¡mi vida está en tus manos!

Te amaré eternamente, tu

Adelaida."

Se comprendía: después de la fiebre intensa de aquellos días, tenía que haber sobrevenido una de esas aniquiladoras nostalgias.

No copiaré aquí todas sus apasionadas y discretas misivas, porque como dice muy bien Arsenio Houssaye, "una carta copiada no parece ya una carta de amor." Sólo voy á transcribir su ÚLTIMA, que dice:

"Encanto de mi vida:

Ya no soy yo; me siento esclava de una voluntad superior y desconocida; mis suspiros no tienen eco; mis lágrimas se evaporan en mis ojos antes de brotar y caer sobre las mejillas; mi corazón ya no me obedece, y mis esperanzas se pierden allá..... muy lejos, fuera de la tierra y de los mundos que puede concebir mi imaginación enferma.....

Ay!.... A veces pienso que yo ya no soy mía, ni tuya... y me pongo muy triste!....

Aspiro al cielo, es verdad; ¡pero, ay! ¡cuántos recuerdos me encadenan todavía á esta patria de un día, que se llama *valle de lágrimas*, y donde juntos hicimos la peregrinación infinita del amor!.....

Tu virgen se muere, amigo mío; se muere..... (Aquí hay unas palabras ilegibles. Sus lágrimas las borraron completamente)..... sin verte!

¿No vendrás pronto?

Besa aquí. (Hay una crucecita) donde te manda con su alieno el alma toda, tu

Adelaida."

¡Triste presagio de su fin cercano! La temible angina de pecho iba ahogando sin piedad su corazón; su corazón sensible y delicado que no pudiendo soportar el mal de ausencia, iba en breve á dejar de latir para siempre!.....

La ciencia, con todo el alardeado tecnicismo de su presuntuosa impotencia, se cruzó de brazos ante el avance rápido de la dolencia, y la causa eficiente del mal moral, irresistible aún para los organismos más fuertes y privilegiados, cumplió su destructora misión.....

XLII.

Después..... el silencio eterno: ¡Adelaida murió!!!.....

XLIII.

Un íntimo amigo, se encargó luego de escribirme lo siguiente:

".....La ví tendida; estaba muy demacrada, pero bella; el tinte obscuro de su cabello hacía resaltar la extremada palidez de su rostro, y una sonrisa indefinible, como salutación al infinito que la recibía en su seno, ó como despedida dichosa del expatriado, del cautivo que se redime, levantaba ligeramente sus labios algún tanto violáceos ya. Sobre su pecho habían cruzado sus alargadas manos y en su seno virgen descansaba entre azucenas un crucifijo de alabastro. No parecía muerta, sino dormida con el tranquilo sueño de un niño, porque á la hermosura avasalladora de Adelaida viva, la muerte había unido su sorprendente magestad.

"Momentos antes de morir, quiso que le abrieran la ventana de la sala. Atardecía; el sol acababa de extinguirse y las estrellas, esas flores del firmamento, abrían ya sus pétalos de luz en el azul espacio. Se incorporó en su lecho y extendió su mano descarnada:

—Ahí—dijo—he sido dichosa. Y llevó la mano luego á su corazón, murmurando quedo, muy quedo: "León."

"Acababa de vivir todo el mundo de sus recuerdos; se sintió desfallecer, y como una yedra blanca que se inclina abrazada por los rayos del sol, se reclinó en los brazos de Arabela..... ¡Estaba muerta!"

XLIV.

Cuando la fatalidad nos hiere, es preciso mirarla cara á cara, y hasta apoyarnos en ella. Leí veinte veces la carta infausta, anonadado y sin siquiera comprender su sentido, y mientras leía, todos los objetos daban vueltas á mi alrededor. Un frío glacial penetró hasta mis huesos; sentí en el alma un vacío inmenso, y ante mi vida se abrió el desierto espantoso de la desesperación con su eterna y agobiadora inmutabilidad.....

Muerta Adelaida, el horizonte de mis sueños hasta entonces ilimitado, se cerraba brusca y fatalmente, y la dulce esperanza de un mañana feliz á su lado, que empujaba con brío mis anhelos, se apagaba en las regiones de mi espíritu. No tenía ya ante mi conciencia, ni ante mis ojos, ahora preñados de tristes lágrimas, motivo ni aliciente alguno para marchar hacia lo futuro. El abismo de la tumba, producía por vez primera, el caos en mi existencia.

La muerte, esa suprema y cruel injusticia de la vida, acababa de arrebatármela impía y traidora, entre sus brazos de nieve; en ple-

no florecimiento de las rosas de su alma; y ya su cuerpo angelical dormía el eterno sueño en el verde y perfumado cementerio de mi aldea; en las florestas del panteón..... ¡borrada súbitamente del libro de los vivos!.....

La divina forma no podía perderse; aquel peregrino maridaje entre la línea y la expresión, entre la expresión y el sentimiento, entre el sentimiento y el amor del alma; aquel tipo de perfecciones, no podía morir en mi corazón ni en mi memoria. Los que se alejan por la puerta del sepulcro, no mueren del todo para aquellos que han amado ó por quienes han sido amados. Después de bajar á la tumba, despiden aún brillante luz, como el sol mucho después de hundirse en el Ocaso. Sus almas coloran los amados recuerdos, como el astro del día oculto ya, colora las nubes del horizonte.

Cuando la muerte nos ha separado de un ser querido, todo cuanto le recuerda parece una palabra suya. La música, las flores, los objetos todos son otros tantas voces elocuentes, que van directamente al corazón.

XLV.

Jamás la he olvidado, y la encuentro siempre con dulce melancolía en el fondo de mi pensamiento. Los rasgos inolvidables de aquella imagen encantadora, esfumados por el tiempo, se dibujan todavía límpidamente en la placa sensible de mi memoria. La veo, con un pequeño esfuerzo de imaginación, bella, ideal y seductora; como una deidad sublime saliendo al primer rayo de la blanca luna del capullo dorado del ensueño que le ha servido de refugio durante tantos y tan tormentosos días. Su voz, aquella embriagadora melodía que los años aun no han podido extinguir, amortiguar ni desfigurar en mi oído, llega á mi imaginación exaltada, como un girón de sueño infantil, como un vapor de cadencia celestial que dulcifica la tranquilidad inquietante de mis horas de dolor y de infortunio; como una caricia benéfica emanada de aquel pasado insondable y tan lleno de vibrantes recuerdos. Es la armonía sublime de que habla Leopoldo Lujanes:

“y vibran de mi espíritu en el fondo,
como prelude de dolientes harpas,
los ecos de tu voz entristecida
y el himno de mi amor sin esperanza!”

XLVI.

Ah! lector querido: esta vuelta á la aurora de mi vida, donde aparece radiante y pura la virgen de mi primer ensueño, lleva á mi alma á éxtasis indecible!... ¡Pero me cuesta también un dolor inmenso! Siempre late apresurado nuestro corazón cuando recorremos las primeras páginas de nuestra existencia; y nadie puede evocar la sombra veneranda de una alma querida, sin sentir el recogimiento del estuport. Las afecciones de la adolescencia tienen la consagración del tiempo, y el nombre querido de ADELAIDA simboliza toda la felicidad de mi juventud primera!

Guadalajara, 17 de julio de 1903.



